



CEU

*Universidad
San Pablo*

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación

Prudentia Docendi

(El camino verdadero hacia la excelencia educativa en las
Facultades de Comunicación de las Universidades Católicas)

Prof. Dr. Gabriel Galdón López
Catedrático de Periodismo y Director del Observatorio para el Estudio
de la Información Religiosa
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación
Universidad CEU San Pablo

Festividad de San Isidoro de Sevilla y San Francisco de Sales
Abril de 2020



CEU | *Ediciones*

Prudentia Docendi

**(El camino verdadero hacia la excelencia
educativa en las Facultades de Comunicación
de las Universidades Católicas)**

Prof. Dr. Gabriel Galdón López
Catedrático de Periodismo y Director del Observatorio para el Estudio
de la Información Religiosa
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación
Universidad CEU San Pablo

Festividad de San Isidoro de Sevilla y San Francisco de Sales
Abril de 2020

**Facultad de Humanidades y
Ciencias de la Comunicación
Universidad CEU San Pablo**

Prudentia Docendi

(El camino verdadero hacia la excelencia educativa en las Facultades de Comunicación de las Universidades Católicas)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2020, Gabriel Galdón López

© 2020, Fundación Universitaria San Pablo CEU

CEU Ediciones

Julián Romea 18, 28003 Madrid

Teléfono: 91 514 05 73, fax: 91 514 04 30

Correo electrónico: ceuediciones@ceu.es

www.ceuediciones.es

Maquetación: Pedro Coronado Jiménez (CEU Ediciones)

Depósito legal: M-11431-2020

Con agradecimiento a nuestra querida Decana y a su magnífico equipo por hacerme el honor de poder dirigirme a todos mis queridos colegas y amigos de nuestra Facultad en este día de celebración festiva de nuestros santos patronos, comenzaré diciendo que el tema elegido se debe a mi deseo profundo de servir a la verdad y al bien de las personas, de la Facultad, de la Universidad y, por ende, de toda la sociedad. Por lo que, parafraseando al gran filósofo francés Jean Guitton, he elegido este tema porque pretendo que esta lección os sea útil por verdadera. Y sea verdadera por seros útil. Para ello cuento con vuestra benevolencia en la escucha actual y en la lectura y reflexión posterior del texto impreso, con la certeza previa de dirigirme a personas que, siendo ya buenas, aún queréis ser mejores para servir mejor. Lectura posterior del texto que deseo hagan también colegas de otras universidades hermanas.

Expresado ya sucintamente el porqué del tema que os propongo, paso a entrar ya en su exposición.

1. Breve explicación del concepto de Prudencia. Y Finalidad de la Universidad

Como bien sabéis aquellos que me habéis soportado como vuestro profesor de Ética de la Información, (o de Documentación, si sois más veteranos) y algunos otros que habéis leído mis libros, uno de los conceptos clave de mi teoría crítica y ética del periodismo es que su naturaleza propia y específica es la de constituirse como un saber prudencial. Pues bien, considero que esta naturaleza de saber prudencial puede aplicarse, *mutatis mutandis*, a la comunicación audiovisual, a la publicidad... Y a la enseñanza universitaria de todas las disciplinas humanísticas y sociales.

Para entender esta afirmación, conviene recordar, en primer lugar, siquiera sea sucintamente, el verdadero significado de la *prudencia*.

No preocuparos, no voy a repetir lo que ya he escrito en varios de mis libros, sino que haré una nueva síntesis conceptual *ad hoc*.

Hela aquí:

La prudencia es una virtud, una sabiduría teórico-práctica que, teniendo en cuenta el fin verdadero y bueno de la naturaleza de la institución y de la acción concreta, los principios éticos permanentes, y los conocimientos, aptitudes y actitudes idóneos y necesarios, dictamina en cada momento la elección de los mejores medios para alcanzar los mejores fines.

Siendo esto así, parece claro que de lo que tenemos que hablar primero es del verdadero fin de la Universidad, y, dentro de ella, de nuestra Facultad.

En el primer caso, conviene que recordemos las palabras que, sobre la verdadera naturaleza y finalidad de la Universidad, nos dirigió Benedicto XVI en su visita a nuestro país, el 19 de Agosto de 2011, en el Monasterio de El Escorial, tras las acertadas palabras de bienvenida de nuestro compañero Alejandro Rodríguez de la Peña:

A veces se piensa que la misión de un profesor universitario sea hoy exclusivamente la de formar profesionales competentes y eficaces que satisfagan la demanda laboral en cada preciso momento. También se dice que lo único que se debe privilegiar en la presente coyuntura es la mera capacitación técnica. Ciertamente, cunde en la actualidad esa visión utilitarista de la educación, también la universitaria, difundida especialmente desde ámbitos extrauniversitarios. Sin embargo, vosotros (...) sentís sin duda el anhelo de algo más elevado que corresponda a todas las dimensiones que constituyen al hombre. Sabemos que cuando la sola utilidad y el pragmatismo inmediato se erigen como criterio principal, las pérdidas pueden ser dramáticas: desde los abusos de una ciencia sin límites, más allá de ella misma, hasta el totalitarismo político que se aviva fácilmente cuando se elimina toda referencia superior al mero cálculo de poder. En cambio, la genuina idea de Universidad es precisamente lo que nos preserva de esa visión reduccionista y sesgada de lo humano.

En efecto, la Universidad ha sido, y está llamada a ser siempre, la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana. Por ello, no es casualidad que fuera la Iglesia quien promoviera la institución universitaria, pues la fe cristiana nos habla de Cristo como el Logos por quien todo fue hecho, y del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. Esta buena noticia descubre una racionalidad en todo lo creado y contempla al hombre como una criatura que participa y puede llegar a reconocer esa racionalidad. La Universidad encarna, pues, un ideal que no debe desvirtuarse ni por

ideologías cerradas al diálogo racional ni por servilismos a una lógica utilitarista de simple mercado que ve al hombre como mero consumidor.

A estas palabras de uno de los mayores sabios de las últimas décadas, pueden añadirse otras, coincidente en lo esencial, de otro gran sabio, el premio Nobel de Física, Albert Einstein:

No es suficiente enseñar a los hombres una especialidad. Con ello se convierten en algo así como máquinas utilizables pero no en individuos válidos. Para ser un individuo válido el hombre debe sentir intensamente aquello a lo que puede aspirar. Tiene que recibir un sentimiento vivo de lo bello y de lo moralmente bueno. En caso contrario, se parece más a un perro bien amaestrado que a un ser armónicamente desarrollado. (...) Estas cosas tan preciosas las logra el contacto personal entre la generación joven y los que enseñan. (...) Esto es lo que tengo presente cuando recomiendo Humanidades.

Considero que, siguiendo el consejo prudencial de Gracián: («lo bueno, si breve...») no hacen falta más citas, aunque me vengan cientos a la cabeza en el mismo sentido. Ahora nos tenemos que preguntar qué debemos hacer en nuestra Facultad para cumplir los verdaderos fines de la formación verdaderamente universitaria de nuestros alumnos.

Y lo primero de todo, (first of all, para los que dais clases in english) es que todos tengamos, fortaleciéndola o adquiriéndola, una concepción humanista cristiana del Periodismo, de la Comunicación audiovisual, de la Publicidad, de la Pedagogía, de la Historia...

2. Conceptos humanistas de las profesiones comunicativas y finalidad de nuestra Facultad

Lógicamente, no podemos referirnos uno por uno a todos los ámbitos comunicativos y, además, a las Humanidades en general y a la Historia en particular, al Magisterio... Por lo que tomaré como base para mi explicación al Periodismo y los que sois profesores de otros grados, con vuestra inteligencia preclara, vais haciendo las inferencias comparativas oportunas. De vez en cuando, para que veáis que os tengo en cuenta con todo mi cariño, yo también las haré.

Como ya sabéis algunos, en 1994, en el libro *Desinformación. Método, aspectos y soluciones*, establecí un concepto de Periodismo radicalmente distinto

a las definiciones variadas, tautológicas y ramplonas que existían hasta entonces. El año pasado, en mi última aportación científica por ahora, *Infoética. El periodismo liberado de lo políticamente correcto*, lo renové enriqueciéndolo. Lo recuerdo ahora:

El Periodismo es:

Un saber prudencial que consiste en la comunicación adecuada, periódica y medial de saberes sintetizados en mensajes verdaderos, significativos y claros sobre las realidades humanas actuales o actualizadas que es bueno difundir para contribuir a la libertad y solidaridad de las personas en su búsqueda del Bien Común.

Evidentemente, no es este el momento de glosar este concepto. Quien quiera entenderlo bien deberá leer los capítulos 5 al 8 de *Infoética*... Pero sí lo es para afirmar con rotundidad que...

Para que ese Periodismo sea una realidad, es menester contar con periodistas prudentes, es decir, con sentido vocacional, antropológico y ético. Y también con los sentidos realista, crítico, histórico, documental, lingüístico, retórico y teleológico. O lo que es lo mismo, pero con una más clara explicitación, aunque sin carácter exhaustivo, con periodistas cultos, que busquen la sabiduría para servir mejor, según su propia dignidad personal y la de todos los que reciben su información; que sean valientes y magnánimos para luchar por su independencia y enfrentarse a los poderes dominantes; que sepan discernir lo verdadero de lo falso, lo necesario e importante de lo fútil y banal, lo comunicable públicamente de lo que no lo es por pertenecer a la esfera privada; que tengan una conciencia clara de la importancia de su misión en la defensa de la libertad; que amen la verdad, la justicia, la paz y la libertad; que defiendan los valores de la persona y de la familia; que sepan comunicar con claridad y caridad, utilizando las mejores estructuras narrativas en cada caso, las verdades que merecen la pena que se difundan, por suponer un bien social, aunque estén silenciadas porque sean incómodas para los poderes dominantes o, incluso para una gran parte de la ciudadanía ya corrompida; que...

En definitiva, y por resumirlo ahora desde la aversión a lo negativo, hay que evitar que haya periodistas, guionistas y productores audiovisuales, publicitarios, etc., que, por cinismo, superficialidad, falta de preparación adecuada, servilismo, comodidad o cobardía, se dejen llevar, como desgraciadamente ocurre actualmente en una gran proporción de medios, por el «todovalismo» del índice de

audiencia o por la mentira de lo políticamente correcto. Máxime si «eso» que hoy se entiende por lo políticamente correcto significa lo que C.S. Lewis denominó la «abolición del hombre», Juan Pablo II «la cultura de la muerte», Robert Sarah «el anochecer de nuestra civilización», o el *Apocalipsis* (por cierto, el libro más actual que existe) «la gran ramera».

Pues bien, la finalidad de la enseñanza en nuestras facultades no es otra que la de sembrar con gracia y magnanimidad la buena semilla en las inteligencias y en los corazones de los alumnos y contribuir así a que haya periodistas, guionistas y productores audiovisuales, publicistas, profesores de primaria y secundaria, historiadores... *virtuosos!* Es decir, que, mediante las cualidades anteriormente mencionadas, unan la verdad, el bien y la belleza en su actuación profesional futura.

De hecho, el contenido del último Mensaje del Papa Francisco para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, de este mismo año, titulado «La vida se hace historia» puede aplicarse (¡y debería ponerse en práctica ya!) tanto en las narraciones periodísticas, como en los guiones de las series televisivas y en las de los *spots* publicitarios, así como en la pedagogía adecuada en Magisterio o en la divulgación histórica.

Se entenderá muy bien solo con recordar sus dos primeros puntos:

En el primero, el papa actual nos habla de «Tejer historias», dice así:

El hombre es un ser narrador. Desde la infancia tenemos hambre de historias como tenemos hambre de alimentos. Ya sean en forma de cuentos, de novelas, de películas, de canciones, de noticias..., las historias influyen en nuestra vida, aunque no seamos conscientes de ello. A menudo decidimos lo que está bien o mal hacer basándonos en los personajes y en las historias que hemos asimilado. Los relatos nos enseñan; plasman nuestras convicciones y nuestros comportamientos; nos pueden ayudar a entender y a decir quiénes somos.

El hombre no es solamente el único ser que necesita vestirse para cubrir su vulnerabilidad, sino que también es el único ser que necesita «revestirse» de historias para custodiar su propia vida. No tejemos sólo ropas, sino también relatos: de hecho, la capacidad humana de «tejer» implica tanto a los tejidos como a los textos. Las historias de cada época tienen un telar común: la estructura prevé «héroes», también actuales, que para llevar a cabo un sueño se enfrentan a situaciones difíciles, luchan contra el mal empujados por una fuerza que les da valentía, la del amor. Sumergiéndonos en las historias, podemos encontrar motivaciones heroicas para enfrentar los retos de la vida.

El hombre es un ser narrador porque es un ser en realización, que se descubre y se enriquece en las tramas de sus días. Pero, desde el principio, nuestro relato se ve amenazado. En la historia serpentea el mal.

En el segundo nos dice, pues, que «no todas las historias son buenas»:

«El día en que comáis de él, (...) seréis como Dios». La tentación de la serpiente introduce en la trama de la historia un nudo difícil de deshacer. «Si posees, te convertirás, alcanzarás...», susurra todavía hoy quien se sirve del llamado *storytelling* con fines instrumentales.

Cuántas historias nos narcotizan, convenciéndonos de que necesitamos continuamente tener, poseer, consumir para ser felices. Casi no nos damos cuenta de cómo nos volvemos ávidos de chismes y habladurías, de cuánta violencia y falsedad consumimos. A menudo, en los telares de la comunicación, en lugar de relatos constructivos, que son un aglutinante de los lazos sociales y del tejido cultural, se fabrican historias destructivas y provocadoras, que desgastan y rompen los hilos frágiles de la convivencia. Recopilando información no contrastada, repitiendo discursos triviales y falsamente persuasivos, hostigando con proclamas de odio, no se teje la historia humana, sino que se despoja al hombre de la dignidad.

Pero mientras que las historias utilizadas con fines instrumentales y de poder tienen una vida breve, una buena historia es capaz de trascender los límites del espacio y del tiempo. A distancia de siglos sigue siendo actual, porque alimenta la vida. En una época en la que la falsificación es cada vez más sofisticada y alcanza niveles exponenciales (el *deepfake*), necesitamos sabiduría para recibir y crear relatos bellos, verdaderos y buenos. Necesitamos valor para rechazar los que son falsos y malvados.

Necesitamos paciencia y discernimiento para redescubrir historias que nos ayuden a no perder el hilo entre las muchas laceraciones de hoy; historias que saquen a la luz la verdad de lo que somos, incluso en la heroicidad ignorada de la vida cotidiana.

Sería muy enriquecedor glosar aquí y ahora las magníficas ideas y propuestas contenidas en este breve texto de nuestro querido Vicario de Cristo, que, repito y lo habéis podido comprobar, afectan a todos los modos comunicativos: narrativa audiovisual, publicidad, periodismo... Pero, como al menos para esté último, ya están explicitadas y desarrolladas científicamente en mi último libro, y tenemos poco tiempo, considero que es mejor pasar ya a explicar algunos de los principios, criterios y métodos pedagógicos que dictamina la *prudencia docendi* para nuestras Facultades.

3. El principio teleológico y la vertebración humanística

El primer principio básico es la **consideración de que existe una finalidad de las acciones humanas que va más allá de los medios y de las finalidades intermedias, necesarios para alcanzarla**. O, dicho de manera negativa, no confundir los fines con los medios, o no dotar a éstos de la categoría de aquellos, o no quedarse a medias en el proceso...

Recuerdo que, cuando era pequeño, corría por diversos lugares un dicho que me hizo gracia: «cuando alguien nos está señalando la luna, el tonto se queda mirando el dedo». No suponía yo entonces que esa mirada estúpida iba a ser una de las características definitorias de nuestra engréida sociedad, y que iba a penetrar hasta en sus instituciones más elevadas...

Lógicamente, este craso error, este virus letal, tiene un nombre, se llama *positivismo*. Y a él y a su influencia en la teoría y en la consiguiente praxis del Periodismo he dedicado mi crítica metafísica, epistemológica y ética en varias de mis publicaciones. Pero ese virus no ha infectado solamente al Periodismo sino a todas las profesiones e instituciones, también a la Universidad, también a la enseñanza. No hay tiempo para explicar aquí y ahora sus causas, su desarrollo y sus consecuencias. Pero sí de reiterar los versos de T. S. Eliot que recogí ya en mis primeras publicaciones y que expresan, si bien no completamente, sí algunos aspectos significativos de lo que supone el positivismo:

¿Dónde está la Vida que hemos perdido viviendo?/ ¿Dónde está la Sabiduría que hemos perdido en conocimiento?/ ¿Dónde está el conocimiento que hemos perdido en información?

Como sabéis algunos, a esos versos yo le he añadido dos más: ¿Dónde está la verdad que hemos perdido en opinión?/ ¿Dónde está la opinión que hemos perdido en manipulación?

Y cabría añadir varios más que, aunque con pérdida clara de la vis poética inicial, son igualmente certeros en su entidad: ¿Dónde está el Bien que hemos perdido en éxito?/ ¿Dónde está la finalidad que hemos perdido en método?...

Me encantaría tener tiempo para explicaros de qué modo este «antifinalismo» ha conducido a la decadencia intelectual, moral y espiritual de nuestra sociedad. Pero sí debo dejar constancia, (aunque se reviva la tristeza y el dolor de mi alma)

que este virus positivista, este cientifismo ramplón, este burocraticismo estulto, este empresarismo ajeno a la tradición, esta decadencia tridimensional..., ha infectado también a la Universidad como institución y a nuestras Universidades y Facultades en particular. Sus manifestaciones y, en concreto, las de esta pérdida de la consideración de la finalidad propia y original de la Universidad, y por tanto de la naturaleza y sentido de la acción educativa e investigadora universitaria en sus diferentes vertientes, ámbitos y aspectos, son muchas y variadas; generales y específicas; estructurales y coyunturales; exógenas y endógenas... heteróclitas y multiformes. Por lo que no hay tiempo para enumerarlas siquiera, aunque podría poner algunos ejemplos significativos. Sin embargo, como no quiero de ninguna manera herir, siquiera sea mínimamente a ninguno de los que me escucháis, a quienes quiero de veras, y, además, sois lo suficientemente inteligentes como para hacer vuestras propias deducciones, tampoco haré ninguna ejemplificación paradigmática.

Pero, a cambio de este silencio caritativo, me atrevo a pedir os una reflexión humilde y valiente, autocrítica, sobre vuestra *prudencia docendi*, sobre si tenéis en vuestra cabeza y en vuestro corazón la verdadera finalidad de la Universidad y, en concreto, de nuestra Facultad, ya referidas anteriormente. Por lo que vamos a considerar ya el segundo principio básico.

Éste no es otro que el de la **renovación de los planes de estudios y de los contenidos de cada asignatura a la luz del paradigma humanista cristiano**, que es, por un lado, la vacuna eficaz para eliminar el maligno virus positivista que, con la confluencia de otras bacterias peligrosas, entraron hace años en el cuerpo y en el alma de la universidad y han sido letales para ella y la sociedad. Y, por otro, el potente complejo vitamínico que contribuirá a su revitalización y fortalecimiento.

Lo cual significa el retorno a la idea original de la Universidad (recordemos las sabias palabras de Benedicto XVI); el ascenso de nuevo hacia la Vida y la Sabiduría perdidas (recordemos los versos de Eliot); redescubrir las historias que nos han dado Luz para saber quiénes somos, cual es nuestra dignidad (recordemos la cita del papa Francisco); el volver a levantar la mirada no sólo hacia la luna, sino también al Sol que ilumina el día y a las otras estrellas que brillan en la noche; levantar el vuelo hacia las más altas cimas, con las alas de la Fe, la Razón y el Corazón, como hizo el Patrono de las Universidades, Santo Tomás de Aquino, fidelísimo al lema de su escudo familiar: *per áspera ad Astra*.

Para lograr esa meta, tenemos que salir de nuestra comodidad, de nuestra mediocridad, de nuestras rutinas, de nuestra ramplonería, de nuestra mirada corta, de nuestros prejuicios; de nuestras excusas; del veneno burocrático... Y no tener miedo al esfuerzo que nos conducirá a la grandeza. En definitiva, hacer lo contrario de un profesor... ¡de chiste!... Pues uno de los chascarrillos que cuento a mis nuevos alumnos a principios de cada curso es el de aquel profesor que estaba dictando la materia a sus alumnos, sin levantar la vista de sus folios, sin mirar el rostro de nadie, con voz potente pero cansina... «los primeros códigos deontológicos en el Periodismo se dieron en Norteamérica ya a finales del XIX (...) El punto número 2 del código del New York Sun decía que (...) Y bla, bla, bla...». Los alumnos, sin poder alzar la mirada, copiaban y copiaban y copiaban sin parar. Pero había una alumna, de nombre Sofía, que no copiaba. Tenía un libro en su pupitre. Su mirada, algo melancólica, parecía dirigirse unas veces al Cielo que se translucía desde la ventana, y otras, a su propio interior. De pronto, aprovechando un breve instante en que el profesor paró para coger aire, levantó la mano y preguntó: «profesor, ¿qué es peor: la ignorancia o la indiferencia?». Y el profesor, con cara de cierto asombro, girando la vista hacia el lugar aproximado de dónde había surgido la voz, con un gesto displicente, contestó con rotundidad: «Ni lo sé, ni me importa». Y volvió rápidamente a seguir dictando.

De este chiste, que asaque hace ya tres décadas, pueden inferirse, mediante la oportuna glosa, varios principios y criterios pertenecientes a la *prudentia docendi*. Aquí y ahora me referiré sólo a uno, que adrede reitero: a la necesidad de abandonar de una vez por toda la erudición positivista y cientifista y volver a la verdadera sabiduría, que es lo que anhela la inteligencia y el corazón humanos.

Y una vez realizada la reiteración de todo lo que llevamos dicho, seguiré afirmando que esa sabiduría consiste fundamentalmente en un conocimiento antropológico y ético, acendrado, profundo y verdadero. Y que, por tanto, la antropología y la ética no sólo deben ser asignaturas básicas de nuestra Facultad, sino que deben vertebrar de diversas maneras los contenidos, modos y métodos pedagógicos de todas las demás asignaturas. Y lo mismo, aunque por diferentes motivos, cabe decir de la Historia del Pensamiento y de la Sociedad, de la Doctrina Social de la Iglesia... En definitiva, la formación de los futuros comunicadores sociales es fundamentalmente una formación humanística que se realiza teniendo en cuenta el fin específico de cada actividad comunicativa, y que se conjuga con la enseñanza de los saberes propios de esas actividades en una verificación reflexiva, práctica y artística.

Sería enormemente largo y prolijo dar razón cabal, pormenorizada y ejemplificada de esta última afirmación. Es evidente que no tenemos ni tiempo ni espacio. Además, aunque los tuviésemos, debo confesaros que estoy un poco cansado de demostrar que la hierba es verde, por decirlo a la manera plástica de mi amigo Gilbert K. Chesterton. Por otro, la fundamentación antropológica y ética del Periodismo, así como la luz epistemológica y criteriológica que han aportado los grandes pensadores y el Magisterio de la Iglesia a su certero desarrollo, están recogidas en mi último libro. Si Dios me da el tiempo de vida y el vigor necesarios prometo hacer lo mismo para la Publicidad, la Comunicación Audiovisual y el Magisterio en un futuro próximo. Aunque quizás fuese más conveniente que cada uno de vosotros lo haga para vuestra asignatura. Yo prometo ayudaros y orientaros, preferiblemente con un café por medio y, desde luego, guardando la razonable distancia física a la que nos conduce la *prudentia vivendi* en las circunstancias actuales.

Por lo que vamos a continuar nuestra disertación con la explicitación de algunos criterios necesarios para una enseñanza adecuada de nuestras materias. (El hecho de que me vaya a referir sólo a unos pocos criterios no está motivado esta vez por la falta de tiempo. Sino porque ya vivís excelentemente muchos de ellos. Y, claro, no se trata de vender miel al colmenero...).

4. Algunos criterios docentes

El primero podría denominarse criterio de **coherencia identitaria**, esto es, tener la honradez intelectual y el coraje moral básico para obrar en todo lo que decidamos, planifiquemos o hagamos en conformidad con la naturaleza y la misión de la universidad. O, expresado de modo negativo, no tener la sinvergonzonería, la frivolidad o la debilidad de desvirtuar el ideal de universidad por un «servilismo a una lógica utilitarista de simple mercado que ve al hombre como mero consumidor» (repito estas palabras de Benedicto XVI); o por un servilismo estúpido y temeroso a la burocracia ramplona y esclavizante impuesta por un poder ilegítimo; o por no saber qué es la universidad; o por dejarse llevar por las modas dominantes y por el prestigio social; o por el seguimiento acrítico y acomodaticio de unas teorías falsas; o por una confusión intelectual y moral irremediable; o por otras razones que no quiero pensar...

Sin embargo, me vienen ahora a la cabeza y al corazón heridos tantos ejemplos tristes y dolorosos de esta falta de coherencia identitaria en varias universidades católicas que... ¡voy a pasar rápidamente al siguiente criterio!

El segundo es el de **adecuación teleológica general compartida**. Consiste en que, desde la configuración de los planes de estudio hasta la impartición de todas y cada una de las asignaturas, se tenga en cuenta que la misión de la Facultad es la de contribuir a la forja de los sentidos vocacional, antropológico, ético, retórico, histórico, etc., de los futuros comunicadores sociales en sus diversos modos de realización. Pero como esa forja no depende sólo de nosotros los profesores, de nuestra *prudencia docendi*, sino también, e inexcusablemente, de la *prudencia discendi* de cada alumno, ya que toda formación es en gran parte autoformación, estos deben saber desde el primer momento en qué consiste la vocación comunicativa y qué sentidos tienen que ir adquiriendo paulatinamente para prepararse a realizar su misión. Y de qué maneras y con qué medios la Facultad en general y cada profesor en particular vamos a ayudarles a conseguir sus metas, conscientes de que es una ardua y maravillosa tarea que se hace caminando juntos.

El tercer criterio es el de **adecuación teleológica específica**. El cual consiste expresado de modo directamente ejemplificativo, en la adaptación de cada asignatura al perfil profesional ideal marcado por la finalidad específica de cada grado del que se trate. Es decir que ninguna asignatura común a diversos grados, sea del tipo que sea, debe tener los mismos contenidos y ejercicios prácticos en todos ellos, aunque tengan inicialmente unos supuestos comunes. Y esto es aplicable, repito, a todas las asignaturas... Y esta es una tarea que muchos debéis hacer aún, y en la que también puedo ayudaros si me lo permitís, con café o sin él.

El cuarto criterio es el del **enfoque reflexivo y práctico** que deben tener todas las asignaturas. Parece evidente que ninguno de los *sentidos* que deben poseer los comunicadores se consigue aprendiendo de memoria una serie de conocimientos. Esos conocimientos –adquiridos reflexivamente y no sólo de memoria factual– se irán aquilatando y madurando posteriormente en una práctica idónea y continuada y, posteriormente, en la reflexión analítica sobre la conformidad de sus resultados con la teoría o principio configurador. Ya que, en la enseñanza de los de saberes prácticos, «para saber lo que hay que hacer es menester hacer lo que hay que saber» (Aristóteles). De ahí que para que pueda ser verdad esta otra máxima: que «nada es más práctico que una buena teoría», esa teoría debe estar enfocada a la práctica y verificarse reflexivamente en y desde la adecuación entre ambas.

El quinto criterio que merece la pena considerar es el de la **reiteración de los criterios básicos, según la modulación propia de cada materia**. Como se trata

de forjar criterios y hábitos operativos, no basta con referir los contenidos y criterios básicos una vez y desde una única perspectiva. Sería tan poco prudente y, por tanto, tendría tan poco éxito como, *mutatis mutandis*, si para publicitar un producto comercial sólo se pasara una vez su *spot* televisivo y en una única cadena. Así, por ejemplo, por llevar el agua a mi primer y antiguo molino, para forjar el *sentido documental* que debe tener todo buen periodista hace falta que en la asignatura «Teoría del Periodismo» se explique en su contexto adecuado que la documentación es un factor imprescindible del saber periodístico; que en la materia propia y específica se enseñe, mediante ese «círculo virtuoso del conocimiento» que hemos mencionado en el criterio anterior, su historia, concepto, principios, criterios, funciones y métodos operativos...; que en la «Redacción Periodística» se enseñe cómo documentarse en cada tema y caso concreto y se corrija convenientemente no sólo si el texto está bien escrito sino también si está bien documentado; que en los diferentes periodismos especializados se haga hincapié en el conocimiento y manejo adecuado de las fuentes documentales especializadas; que, en fin, en mi querida «Ética de la Información» se argumente que es un deber ético documentarse bien y situarlo en el contexto de la consecución de la verdad que es bueno dar a conocer con claridad, valentía y caridad. Y lo mismo podría aplicarse a la Publicidad o a la Comunicación Audiovisual si, en una de esas decisiones de una incoherencia identitaria (y también científica) paradigmática, la documentación no se hubiera eliminado de los planes de estudio de estos grados en alguna que otra Universidad...

El sexto criterio es el de la **adecuación temporal evolutiva**, que se refiere a la necesidad de una planificación de materias racional. A que no se empiece la casa por la ventana, por decirlo con una expresión popular. Convendría, por tanto, tenerlo en cuenta a la hora de modificar los planes de estudio. Valga como ejemplo negativo de lo que no se corresponde con este criterio el hecho de que durante muchos años en todas las Facultades españolas, menos en la que yo estaba entonces, la documentación informativa se impartía ¡en el último curso de carrera! Gracias a Dios, pude pasarla a segundo en cuanto tuve oportunidad. Lógicamente, este criterio hay que aplicarlo también a la hora de desarrollar el temario de cada materia.

El séptimo criterio podría definirse como de **actualización y rectificación científicas e identitarias**. Es un dolor enorme para una persona que busca la verdad y el bien; saber para servir; y enamorado, por tanto, del ideal universitario; observar cómo se siguen explicando en varias materias de cuyos nombres no quiero acordarme, contenidos y criterios operativos cuya falsedad teórica y sus

consiguientes errores y horrores prácticos han sido ya puestos de relieve, con una demostración científica irrefutable, por diversos autores con singular *auctoritas* que, además, en sus argumentaciones documentadas y lógicas, manifiestan implícita o explícitamente una total conformidad con la Tradición intelectual, moral y espiritual del Humanismo cristiano y del Magisterio de la Iglesia.

¡Cuántas veces hemos oído, e incluso lo hemos enunciado con convencimiento, eso de «rectificar es de sabios»! Esa rectificación cuando sea necesaria (y, repito, lo es en varias asignaturas) es un elemento básico de la *prudentia docendi*.

Además, esas materias, y en este caso otras, tampoco tienen en cuenta los enormes cambios que se han producido en las profesiones comunicativas en los últimos años, ni las dimensiones que ha adquirido la influencia social de los medios de comunicación, antiguos y nuevos, ni los propios cambios en la sociedad. Por lo que no sólo deben rectificar y actualizar sus contenidos desde una perspectiva identitaria y científica, sino por exigencias reales de los cambios sociales.

Y esto afecta también a la elaboración de los nuevos planes de estudio. A eliminar asignaturas que ya no tienen sentido e incluir otras que son urgentes y necesarias. Llegados a este punto, sí me voy a permitir, porque es mi obligación moral, realizar una concreción clara y contundente de este criterio, aunque afecte a personas a las que aprecio muchísimo. Pues uno no de los lemas que han guiado toda mi vida, al menos desde los dieciséis años, es el de *Amicus Plato, sed magis amica Veritas*. Al que, luego le añadí también el *amicus Bonum*. Pues bien, por amor a la Verdad y al Bien; por fidelidad a Dios en el Magisterio de la Iglesia en coherencia plena con mi razón científica y mi conciencia clara; y porque es una evidencia su necesidad social urgente, debo decir una vez más que no logro entender cómo la *educación del sentido crítico ante los contenidos de los medios de comunicación* no se ha implantado aún en ningún Grado o Máster de Educación Primaria o Secundaria de una Universidad Católica, máxime si están insertos en una facultad de Comunicación, y todavía para más inri, si esa facultad es también de Humanidades.

Como ya dije, estoy algo cansado de explicar que «la hierba es verde». Pero, en este caso, haré un último esfuerzo persuasivo, si bien lo plasmaré con brevedad. Pues bien, se han cumplido ya cerca de cincuenta años desde que el Catedrático de Filosofía de la Educación Ibáñez Martín escribiese un artículo titulado clara y significativamente: *El sentido crítico, objetivo de la educación contemporánea*. Necesidad que ha argumentado posteriormente en varias de sus publicaciones.

Ya a principios de 1988 se publicaron las conclusiones de las Jornadas de estudio de los setenta y cinco Premio reunido en París para proponer soluciones a los graves problemas sociales que se avizoraban en el horizonte inmediato. Una de las más destacadas fue la de que «la educación debe ayudar a desarrollar el sentido crítico ante lo que difunden los medios de comunicación». A finales de ese mismo año, san Juan Pablo II, en el nº 44 de la exhortación apostólica *Christifideles laici*, afirmó que «en el uso y recepción de los instrumentos de comunicación URGE una labor educativa del sentido crítico animado por la pasión por la verdad». Idea que ha sido desarrollada posteriormente por otros documentos pontificios de diversa naturaleza, y por autores de variadas disciplinas científicas, entre los que me encuentro. Son ya cerca de diez veces las que he puesto de relieve esta urgente necesidad... La cual, por otro lado, debería acuciar a cualquier profesor que vea con *ojos verdaderamente universitarios* la realidad social actual. Así que, si los responsables de esta incoherencia queréis ser sabios, y por tanto deseáis rectificar e innovar, armándoos con razones poderosas para hacerlo... Invítadme luego a un café para comentar con la cordialidad de siempre cómo realizar esa maravillosa aventura educativa. Ya que ser pioneros en abrir a las almas caminos para la libertad es, lo digo por experiencia, una tarea apasionante, enriquecedora y gozosa.

El octavo y último criterio que quería comentaros hoy (pues, repito, hay al menos cuatro más, pero esos ya los ponéis en práctica inmejorablemente y os felicito por ello) está muy unido al anterior y a los primeros que mencionamos. Cabría definirlo como de **sustentación de la docencia en la propia, permanente y prudente investigación.**

Pero, al mirar el reloj, veo con estupor que no puedo desarrollarlo. Como tampoco hay tiempo para que os hable de los mejores métodos pedagógicos para cumplir estos criterios operativos.

Así que dejaremos estos aspectos para un futuro y acabaremos con una síntesis breve y significativa de algunas virtudes intelectuales y morales que, regidas por la prudencia, necesitamos los profesores para cumplir adecuadamente nuestra maravillosa y fecunda misión.

5. Misión y virtudes del profesor universitario

A mi entender, quien mejor ha realizado esa síntesis breve y significativa es, una vez más, Benedicto XVI, al final del discurso en El Escorial que nos sirvió de pórtico para nuestra lección y que ahora la cerrará magistralmente. Hago mías sus palabras:

He ahí vuestra importante y vital misión (...) Los jóvenes necesitan auténticos maestros; personas abiertas a la verdad total en las diferentes ramas del saber, sabiendo escuchar y viviendo en su propio interior ese diálogo interior; personas convencidas, sobre todo, de la capacidad humana de avanzar en el camino hacia la verdad. La juventud es tiempo privilegiado para la búsqueda y el encuentro con la verdad. Como ya dijo Platón: «Busca la verdad mientras eres joven, pues si no lo haces, después se te escapará de entre las manos». Esta alta aspiración es la más valiosa que podéis transmitir personal y vitalmente a vuestros estudiantes, y no simplemente unas técnicas instrumentales y anónimas, o unos datos fríos, usados sólo funcionalmente.

Por tanto, os animo encarecidamente a no perder nunca dicha sensibilidad e ilusión por la verdad, a no olvidar que la enseñanza no es una escueta comunicación de contenidos, sino una formación de jóvenes a quienes habéis de comprender y querer, en quienes debéis suscitar esa sed de verdad que poseen en lo profundo y ese afán de superación. Sed para ellos estímulo y fortaleza.

Para esto, es preciso tener en cuenta, en primer lugar, que el camino hacia la verdad completa compromete también al ser humano por entero: es un camino de la inteligencia y del amor, de la razón y de la fe. No podemos avanzar en el conocimiento de algo si no nos mueve el amor; ni tampoco amar algo en lo que no vemos racionalidad: pues no existe la inteligencia y después el amor; existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor. Si verdad y bien están unidos, también lo están conocimiento y amor. De esta unidad deriva la coherencia de vida y pensamiento, la ejemplaridad que se exige a todo buen educador.

En segundo lugar, hay que considerar que la verdad misma siempre va a estar más allá de nuestro alcance. Podemos buscarla y acercarnos a ella, pero no podemos poseerla del todo: más bien, es ella la que nos posee a nosotros y la que nos motiva. En el ejercicio intelectual y docente, la humildad es asimismo una virtud indispensable, que protege de la vanidad que cierra el acceso a la verdad. No debemos atraer a los estudiantes a nosotros mismos, sino encaminarlos hacia esa verdad que todos buscamos. A esto os ayudará el Señor, que os propone ser sencillos y eficaces como la sal, como la lámpara, que da luz sin hacer ruido.

Todo esto nos invita a volver siempre la mirada a Cristo, en cuyo rostro resplandece la Verdad que nos ilumina, pero que también es el Camino que lleva a la plenitud perdurable, siendo Caminante junto a nosotros y sosteniéndonos con su amor. Arrraigados en Él, seréis buenos guías de nuestros jóvenes. Con esa esperanza, os pongo bajo el amparo de la Virgen María, Trono de la Sabiduría, para que Ella os haga colaboradores de su Hijo con una vida colmada de sentido para vosotros mismos y fecunda en frutos, tanto de conocimiento como de fe para vuestros alumnos. Muchas gracias.

Yo solo puedo añadir para acabar: ¡Ánimo, valientes, que merece la pena ser profesores prudentes!

Gabriel Galdón, obtuvo el doctorado en Ciencias de la Información en la Universidad de Navarra en 1983. Fue profesor en esa Universidad hermana desde 1979 a 1990, año en que se trasladó a la Universidad Pública de la Laguna, en cuya Facultad de Comunicación fue Profesor Titular de Documentación e impartió cinco asignaturas más, amén de ser Secretario de la Facultad. Tras regresar a la Península en setiembre de 1994, fue Profesor y Decano de la Facultad de Comunicación de dos Universidades privadas madrileñas (tres años en cada una) y desde el año 2000 está con nosotros en la Universidad CEU San Pablo donde, antes y después de obtener la Cátedra de Periodismo en febrero de 2004, ha realizado una amplia y fecunda labor docente, investigadora, tutorial y magisterial.

Ha sido pionero en la fundamentación y el desarrollo de la materia *documentación periodística*. Tras más de veinte publicaciones, y haber formado discípulos repartidos por varias universidades españolas e hispanoamericanas, su labor investigadora se centró posteriormente en la *Teoría Crítica de la Información*, en la que es conocido universalmente por sus estudios sobre la Desinformación y la Manipulación, algunos de ellos traducidos a otros idiomas. Hace quince años se percató de la necesidad de renovar, desde una concepción humanista cristiana, la *teoría y la ética de la información*. Su labor investigadora en este ámbito ha culminado, por ahora, en el libro *Infoética. El periodismo liberado de lo políticamente correcto*, publicado por CEU Ediciones el pasado año.

Cabe destacar también que ha sido profesor invitado o extraordinario en una decena de universidades europeas e hispanoamericanas; que ha dirigido alrededor de cincuenta investigaciones científicas de postgrado, entre las que destacan tres tesis doctorales que han obtenido Premio Extraordinario; y que ha sido Ponente en más de cuarenta Congresos Internacionales.